



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Política de la cultura como conciencia de lo humano

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1996). Política de la cultura como conciencia de lo humano. *Cuadernos Americanos*, 3(57), 158-162.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 57, (mayo-junio de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## POLÍTICA DE LA CULTURA COMO CONCIENCIA DE LO HUMANO

Por *Leopoldo ZEA*

PUDEL, UNAM

LA XXII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA de la Sociedad Europea de Cultura se vuelve a reunir en Venecia para completar y ampliar la discusión sobre la problemática que se inicia en Padua en 1991, con los sucesos que a nivel planetario se pusieron en marcha en 1989: fin de la guerra fría y caída de los muros que dividían a Europa y al resto de la tierra a partir de ideologías que se disputaban la hegemonía del planeta. Los sucesos iniciados en 1989 pusieron fin a la lucha de dos grandes potencias por imponer su dominio. Se apuntó a una nueva forma de globalización universal que no fuese ya la imperial. Se comenzó igualmente una desarticulación generalizada que culminó con la disolución de la Unión Soviética. Esto se consideró como el triunfo absoluto de la ideología liberal, el sistema capitalista, la democracia representativa y la economía de libre mercado. En la reunión de la SEC en Moscú, en agosto de 1991, se hizo ya patente la descomposición de la Unión Soviética.

En 1993 la SEC realizó su XXI Asamblea, aquí, en Venecia. El panorama ya era otro; la discusión se orientó a los problemas de la desintegración dentro de la globalización. Desarticulación no sólo expresa en la que fuera Unión Soviética, sino también en la República Yugoslava y que apuntaba a la misma Europa Occidental y Estados Unidos.

¿Qué pasaba? La globalización, cuya iniciada conducción reclamaba la potencia que parecía triunfadora absoluta en la guerra fría, estaba siendo rechazada. La globalización, de realizarse, tendría que partir de otros presupuestos que no eran los sostenidos por los imperios de ayer y de hoy. La globalización tendría que contar con el asentimiento de los múltiples individuos y pueblos de la tierra. Son éstos los que están reclamando el reconocimiento y respeto a su peculiar concepción del mundo y de la vida. Así surgen reclamos

nacionalistas, raciales, culturales, religiosos, de género y de todos y cada uno de los individuos que en su conjunto forman los pueblos. El problema se replanteó recientemente en la reunión de la SEC en Budapest, Hungría. Una región de Europa que se consideraba secuestrada por la ideología comunista y que ahora se siente marginada por el mundo al que creía pertenecer y al cual pensaba entrar al caer los muros que la separaban de la otra Europa.

Ahora se replantea la temática, pero a nivel de los creadores de la cultura, de los intelectuales que al finalizar la Segunda Guerra mundial hicieron suya la responsabilidad de diseñar una cultura que diese sentido a la problemática que iba a surgir al término de esa guerra. Se asumía la responsabilidad intelectual expresada en el término de "política de la cultura" acuñado por el hombre que puso en marcha esta sociedad, Umberto Campagnolo. La política de la cultura enfrentará los problemas de la posguerra, como los que ahora surgen al finalizar la guerra a partir del terror apocalíptico que infundió la bomba atómica, que originó la Guerra Fría y la paz por miedo.

Se plantean los problemas de la *interdependencia*, *injerencia*, *solidaridad* y *política de la cultura*. Problemas a resolver dentro de la conciencia del hombre. Del hombre, no como abstracción de lo humano, sino en su concreción y en su múltiple e ineludible relación con otros hombres. Reconociendo, previamente, la ineludible igualdad de todos ellos entre sí, en lo que les es propio, y por serlo es diverso, pero no tan diverso que los haga más o menos hombres que otros. Convivencia a partir de la interdependencia que entre sí guardan los hombres. Pero no la dependencia como imposición de unos hombres sobre otros. La interdependencia propia de lo humano, de estar necesariamente con otros hombres, recibiendo y dando, comprendiendo y haciéndose comprender. Con diversos hábitos, costumbres, lengua, cultura, todo lo que se da en la convivencia, pero como solidaridad. Interdependencia es, naturalmente, dependencia, la que guarda el hijo con el padre y éste con aquél, la del marido con la esposa y la mujer con el marido; el maestro con el alumno y éste con el maestro. El individuo con la familia y ésta con los individuos que la forman. La sociedad con sus socios y la comunidad con quienes la originan.

Pero esta dependencia es distinta de la impuesta por el vencedor sobre el vencido, de la del amo con el esclavo, del señor con el siervo. No es la dependencia que se impone por el temor o la promesa de seguridad, ni la que se hace a partir de la diversidad racial,

cultural y religiosa, suponiendo la superioridad de unos sobre los otros. La interdependencia, por ello, se distingue de la dependencia, porque ha de ser asumida libremente a partir de la solidaridad que los hombres han de guardar entre sí.

Tal fue la globalización que se apuntó en 1989 y fue recibida con entusiasmo, no la globalización que se impone, la del dominio del otro, como derecho de unos a decidir por todos los hombres y pueblos de la tierra. Por el contrario, son estos múltiples hombres y pueblos los que ahora exigen ser tomados en cuenta en la nueva globalización que ya no puede ser impuesta por imperio alguno. Globalización solidaria que no ve en la relación con los otros fatal y concreta dependencia. El nuevo orden mundial no puede surgir de la exclusiva decisión tomada por un determinado pueblo o grupo de pueblos, que imponen sus propias reglas. Para ser auténtica tendrá que ser aceptada por todos y cada uno de los hombres y pueblos a partir de la conciencia de su necesidad para preservar lo que es propio, y garantizando al mismo tiempo el respeto al de los otros.

No se puede decir a un hombre o nación: 'Por tu bien tienes que subordinarte a mí... Por tu bien tienes que aceptar y obedecer mis decisiones'. El hombre, como tal, posee intelecto, razón, esto es, capacidad para comprender y hacerse comprender. Esto es lo que debe funcionar en la ineludible relación de unos hombres con otros, de unos pueblos con otros. Todos juntos deberán establecer reglas que puedan conjugar las diferencias. Solidaridad que no subordinación, la que los hombres y pueblos han de guardar entre sí sin negarse a sí mismos, ni negar a los otros.

Es aquí donde tiene especial importancia la participación del intelectual, del hombre de cultura, a partir de esa peculiar política, la que la SEC llama política de la cultura. El hombre de cultura debe partir de lo que debe caracterizarlo como tal, la capacidad para captar y situar la diversidad de lo existente en la unidad que muestra la razón. Capacidad para globalizar, comprendiendo y haciendo comprender las relaciones que guarda el hombre tanto con la naturaleza de la que es parte como con los otros hombres, sus semejantes. Pero igualmente tomando conciencia de que esta capacidad para globalizar no le hace superior en su relación con otros hombres, sino que el mismo es expresión de la diversidad. El hombre, decía Sócrates, todo hombre, posee una virtud y es a partir de ésta su virtud que ha de participar en la comunidad que los hombres forman entre sí. ¿Qué es la virtud? La virtud del cuchillo es cortar; como la del virtuoso del violín es su capacidad para tocar el

violín. Esto es, la capacidad para hacer bien aquello para lo que se tiene virtud o capacidad. Por ello la virtud del gobernante es gobernar —dice Sócrates—, como la del zapatero hacer zapatos y la del intelectual usar el intelecto. El gobernante, a su vez, sabrá que posee la virtud si los gobernados más que obedecer le comprenden y toman sus propias decisiones. La virtud del zapatero es hacer zapatos, pero serán los usuarios los que muestren su capacidad si se sienten cómodos con ellos. Lo mismo sucede con el hombre de cultura e intelectual, cuya capacidad para racionalizar se hace patente cuando es comprendido y por ello aceptado por los otros.

No se trata, como pretendía Platón, de que los reyes sean filósofos o los filósofos reyes. Lo que importa es que el rey posea la virtud para gobernar como el hombre de cultura para reflexionar, racionalizar y globalizar. La incompreensión de esta idea llevó a los atenienses a condenar a Sócrates a la cicutu. No comprendieron que tanto el gobernante como el zapatero, el filósofo, el artista y todos y cada uno de los hombres a partir de su propia y concreta virtud o capacidad son igualmente importantes. La sociedad necesita tanto de unos como de los otros. El estratega, decía Sócrates, es necesario para defender la ciudad, como el zapatero para calzar a sus ciudadanos, el sastre para vestirlos, el poeta para expresar sus sentimientos y el filósofo para comprender la relación que guarda cada uno de los individuos con la sociedad de la que es parte.

La diversidad de los hombres en su acción está conduciendo a la historia hacia la integración de sus múltiples acciones como una historia sin más; historia común, hecha por la complicidad de los hombres. Tal es la globalización que emerge, pero se trata de algo extraordinariamente difícil. Porque difícil es aceptar como propio el quehacer e intereses de otros hombres, aceptar como propias las diversas expresiones de humanidad de la que somos parte. Sin embargo la plenitud de la globalización que se anuncia ha de contar con todo esto. Ya no las globalizaciones impuestas por los vencedores sobre los vencidos, por los pudientes sobre los menesterosos, no la globalización imperial de una potencia sobre otros pueblos. Tal globalización ha pasado a la historia.

Los múltiples reclamos de gentes, sociedades, pueblos que exigen su concreto reconocimiento deben ser tomados en cuenta; no hacerlo puede llevar a guerras, a violencias distintas de las de la guerra fría, como la paz al borde de la guerra. La violencia que apunta es indiscriminada, irracional, múltiple y letal, aunque no sea masiva como la que se temía con la bomba atómica. Muerte cotidiana como la que ya se hace expresa en Yugoslavia, Chechenia y en varios

lugares de la tierra originada por la intransigencia a tales reclamos. La intransigencia, lejos de integrar, amenaza con una anarquía globalizada, mortal, pero más lenta que la guerra atómica.

Dentro de esta situación es que toma especial importancia la política de la cultura, la política del hombre de cultura para poner la globalización al servicio del hombre en sus diversas expresiones. Sin embargo, insisto, el hombre de cultura deberá evitar caer en la tentación de considerarse superior como poseedor de una conciencia que le permitiría obligar a otros hombres a aceptar como propio lo que él piensa. Por el contrario, cuanto mayor sea la capacidad del hombre de cultura para comprender y hacerse comprender, más eficaz será su función como tal en la comunidad de la que es parte. Relación solidaria, no magistral, dominante, por ésta su capacidad de razonar y que por ello ha de ser obedecido. Fue éste el viejo sueño de los filósofos desde Platón hasta nuestros días. Por la política de la cultura, en cambio, el hombre de cultura asume su responsabilidad como tal en la sociedad de que es parte y lo hace como todo individuo ha de asumir la suya, a partir de su propia y peculiar virtud. Responsabilidad compartida en una comunidad de intereses es la que se perfila a escala planetaria, de pares entre pares, de hombres entre hombres, de pueblos entre pueblos, todos movidos por el mismo afán de hacer de sí mismos expresión de lo humano por excelencia.